

# Crimen sin castigo (II)

Jorge Luis García Pérez «Antúnez»

Ex preso político y de conciencia

Coordinador Nacional del Presidio Político Pedro Luis Boitel

Placetas. Villa Clara, Cuba

*«Nadie podrá ser objeto de tortura y otros tratos crueles  
inhumanos y degradantes»*

*Declaración Universal de los Derechos Humanos, Artículo 5.*

El 14 de noviembre de 1992, estando en la prisión provisional La Pendiente (Santa Clara), me llamaron para visita familiar de 15 minutos o «de aseo», como se les llama porque son los reclusos de recién ingreso y no se permiten jabas de alimentos. ¿Quién será?, me preguntaba, mientras me conducían al pequeño salón. Al llegar quedé sorprendido: allí estaba mi madre, mejor dicho, lo que quedaba de ella. Había tenido una inesperada y peligrosa recuperación, pero la vi muy maltrecha, con el cuerpo encorvado y los hombros caídos. Su delgadez contrastaba severamente con la visible inflamación del pecho, abdomen y piernas.

— ¿Cómo estás mi hijo?, me preguntó después de abrazarla y besarla. ¿Es verdad que te echaron los perros? A ver, bájate el pantalón para ver las heridas.

— ¿De qué perros tú hablas, mami?, le contesté, engañándola. A mí no fue al que le echaron los perros; fue a otro que se fugó el mismo día.

— Entonces, ¿no fue a ti Jorge Luis? ¿Qué alivio!, me contestó más calmada. Menos mal. Mira que la gente habla basura. En Placetas lo más que se dice es eso, que te echaron los perros y que la gente de la Seguridad casi te mata a golpes.

— Eso es mentira, mami. Seguí engañándola: Me cogieron en casa de Elio, el taxista; me esposaron y me trajeron para Operaciones

en Santa Clara. Mami, ¿los de la Seguridad estuvieron en casa la noche de la fuga?

— ¿Y cómo estas aquí?, me dijo, evitando el tema.

— Mami, te estoy preguntando que si los de la Seguridad estuvieron en casa la noche de la fuga.

— ¿Quién? ¿En la casa? No. ¡Ah! Sí (trataba de ocultarme lo que yo ya sabía), sí, estuvieron, pero yo no los vi, porque estaba dormida, y se fueron.

— Entonces, ¿tú no los viste?

— Mi hijo, ¿es verdad que te están acusando otra vez de Propaganda Enemiga? ¿Y que te quieren achacar un intento de sabotaje?

— No, mami, le respondí, comprendiendo su maniobra de distracción y mintiéndole yo de nuevo. Ese fue un error y ya se aclaró.

— Menos mal, Jorge Luis, me dice algo calmada, porque tú tienes que salir de la prisión. Y agregó: Yo no quisiera que tú dejes tu juventud en la cárcel, quiero que salgas para que sigas estudiando, te cases y tengas tus hijos y veas cuánto se sufre por ellos.

— Está bien, mami, le dije. Ambos nos alentábamos. Y conteniendo las lágrimas que luchaban por salir, añadí: Sólo me quedan unos tres años y pico para estar de nuevo en la casa.

Después de un molesto silencio traté de variar el tema: Mami, le dije, hace falta que



*“Antúnez” en huelga de hambre*

te cuides para cuando yo salga verte gorda y fuerte.

Me miró a los ojos, con una mirada profunda que noté lejana, y me respondió, evasiva:

— ¿Y cuándo te sacan de esta prisión?

— No sé, puede que pronto me lleven para Manacas [prisión separada del poblado del mismo nombre, en el municipio de Santo Domingo, por un largo y polvoriento terraplén de varios kilómetros].

— Hijo, ¿para Manacas?, me dijo como asustada. Tú sabes que yo no te faltó a las visitas, que tarde o temprano, tenga o no qué traerte, yo vengo siempre, pero ahora no sé si las fuerzas me den para llegar tan lejos.<sup>9</sup>

Mi madre presentaba serios problemas cardíacos (soplo, crecimiento del miocardio e hipertensión arterial) y asma crónica. Traté de consolarla.

— No te preocupes mami, yo te iré escribiendo todas las semanas. Lo importante es que te pongas bien y pronto.

Me miró en silencio y esta vez evitó mi mirada. La ponía nerviosa cuando le hablaba

de su recuperación. Ella presentía su final cercano.

— Mira Jorge Luis, me respondió con los ojos llenos de lágrimas, se me están hinchando mucho las piernas y me fatigo al caminar, pero trataré de ir. No te preocupes; para yo abandonarte tengo que estar muerta.

Y en efecto, no se equivocó.

Concluyeron los 15 minutos de visita y sentí un nudo que me atravesaba la garganta. Me dije: Tengo que portarme fuerte, ella no puede ver mis lágrimas; tengo que fingir alegría y noto que ella está pensando y haciendo lo mismo.

— Bueno, Jorge Luis, me da mucha lástima no haberte podido traer ni un almuerzo, pero la cosa en casa está muy mala con este periodo especial. Yo estoy sola allá y llevo tres días casi sin comer, a base de meriendas.

— Pero mami...

— No hijo, no te preocupes, que el hambre en la calle es general. Yo a cada rato voy a Sagua la Grande, a casa de mi hermana Julia, y me paso unos días por allá. Siempre traigo

algo. No te preocupes que en la calle, por muy malas que estén las cosas, se está mejor que aquí.

Argumentos ciertos en alguna medida, pero incapaces de tranquilizar a un hijo.

— No te preocupes por mí, proseguí yo con el engaño, que aquí nos están dando buena comida.

— ¿Buena comida?, me preguntó incrédula. ¿Y por qué entonces estás tan flaquito?

— Mami, son los ejercicios, corro mucho todos los días cuando salgo al sol.

¡Arriba, arriba, familiares, se acabó la visita!.

Cuando la abracé y besé noté cuán nerviosa y fatigada estaba. Me preguntó por la próxima visita y le respondí:

— Mami, tú sabes que ésta es una prisión para pendientes y me tienen aquí en calidad de depósito. Mientras esté aquí la cojo cada quince días. Ven este jueves que viene no, el otro más arriba, que cae diecinueve.

Cuando me alejaba sentí que me alaba por un brazo. Volvió a abrazarme, me besó en ambas mejillas y en la frente. Un gesto era inusual que me conmovió en extremo.

— Cuidate mucho, niño, me dijo con lágrimas en los ojos. Tú eres el más cariñoso de mis hijos y el más apegado a mí. Me haces mucha falta en la casa.

— Mami, me voy que me están llamando, le dije, besándola y zafándome de sus brazos, porque no quería dilatar aquel momento tan duro.

Salí casi a la carrera y sin mirar para atrás. Regresé al cubículo con el alma destrozada y lleno de reminiscencias. Sufría al saber de la miseria y abandono a que estaba expuesta mi madre sin poder yo mitigar su situación. Estaba preso y tenía que afrontar con firmeza el injusto castigo que se me había impuesto. Pensaba que otras cientos y cientos de madres sufrían y padecían como la mía, y que sus hijos

no flaqueaban. Estaba convencido que mi lucha era también por ella y por todos los cubanos que sufren marginación y opresión. Y eso me alentaba. Aunque sufría por saber que ella no comprendía el sentido de mi lucha, ella sí estaba convencida de que me movían ideales justos y humanos. Y sobre todas las cosas entendía que yo era buen hijo, que siempre le brindé mi apoyo.

El 19 me correspondió de nuevo visita y, como es habitual en un preso, estaba contento. Por la mañana llamaron a un grupo numeroso, pero quedé entre los que esperaban al llamado de la tarde. Llamaron al resto y tampoco me mencionaron. Ya estaba seguro que ese día no vendría, pero me tranquilizaba con la idea conformista de que las malas noticias son las primeras en conocerse.

Esa noche me acosté temprano. Lejos estaba de imaginar que en esos precisos momentos, ese día que esperaba ver a mi madre, su cadáver estaba siendo sepultado en una tumba del cementerio de Sitiecito, el barrio de Sagua la Grande donde vive la hermana de mi madre junto a sus hijos, que siempre me han rechazado por mis ideas políticas.

Esa noche dormí intranquilo. Notaba que mis amigos me miraban inquisitivamente y todos redoblaban sus atenciones conmigo. Aquello me llamaba la atención sobremanera. Todos me ocultaban la penosa y desagradable noticia. A su vez los militares se mostraban, como siempre, insensibles, a pesar de conocer lo ocurrido por las reiteradas llamadas telefónicas de mis familiares pidiendo que me condujeran a los funerales, derecho que establece el propio reglamento penitenciario cubano.

Yo seguía al margen de lo sucedido cuando, 15 días después, la próxima visita me tiene vestido y visiblemente preocupado. No aparezo en el listado de la mañana y me quedo esperando para la tarde. De seguro mami viene por

la tarde, pensé para tranquilizarme. Así no tiene que levantarse tan temprano.

Dos horas después regresan los que habían sido visitados. Todo es bullicio y conversaciones. Algunos amigos, solícitos, me invitan a comer lo que traen de la visita. No acepto y aclaro que pienso ir por la tarde. Ellos insisten, pero rehusó. Muchos me hablan y saludan. Me extraña tanta complacencia e insistencia, a tal extremo que me incomodo. Llamen a los reclusos que van a visita por la tarde y muchos se agolpan en la puerta de entrada al destacamento. Releen el listado y no me mencionan. Nada digo ni comento.

— Antúnez, me pregunta un amigo, ¿y por qué a ti no te llamaron para visita?

— No sé, le respondo. Seguro que mi mamá está enferma y no pudo venir.

— Pero a ti vinieron a verte, me dice categórico.

— ¿Y cómo tú lo sabes? ¿Viste a mi mamá allá afuera?

— No, no, me responde alterado. Sólo me dijeron que tu familia está allá afuera.

Me acuesto sobre mi cama, vestido y con los zapatos puestos. Me coloco la almohada sobre la cara. No quiero hablar ni que nadie me hable.

— Antúnez, llamen ahí a Antúnez, oigo decir al «reeducador» Héctor Morales, uno de los verdugos más connotados de la provincia, hoy retirado.

Salgo disparado y cuando llego a la puerta me pregunta cínicamente:

— ¿Por qué ese apuro, Antúnez?

— ¿Por qué? Estas no son horas para venir a buscar a alguien para visita.

— ¿Visita? ¿Y tú no fuiste a visita por la mañana?

— Usted sabe bien que hoy yo no he ido a visita.

— Es verdad, tú tienes razón, me contesta, intentando inútilmente moderar su expresión. ¿Cómo se llama tu mamá, Antúnez?

— Alejandra García Pérez.

— Entonces tú no tienes los apellidos de tu papá. ¿Y eso por qué?

— No sé, Héctor, ¿tú le has preguntado a Fidel Castro por qué uno solo de sus hijos tiene su apellido?

— Está bien, está bien, no es para tanto. Dale, que allá afuera está tu mamá.

— ¡Coño, no es fácil!, oí detrás de mí mientras caminaba por el pasillo. ¡Qué mala es esta gente! ¿Por qué no le hablan claro al muchacho?

No sabía a quién y a qué se refería el reo que hablaba.

Algunos guardias me observaban con curiosidad y cuando llegué al salón, el número de militares era inusual. Miré a todos lados y no vi a mi madre. Me acerqué a la pared de la entrada para observar por las celosías los familiares que entraban. No la veo.

— No se desesperen, muchachos, que todavía hay familiares en el salón de espera. Parece que los están pasando poco a poco, dijo una voz a mis espaldas.

— Sí, como siempre, respondo, y continuo mirando a través de las celosías, pensando en el inconveniente de que el tiempo pasa y los últimos que entran no alcanzan ni una hora.

— Así es, muchacho, mira, (y señala para fuera), a aquella muchacha se le murió la madre hace unos días.

— ¿Cuál?

— Aquella morena que está al pie de la escalera.

— ¿Cuál dice usted?, vuelvo a preguntar, herido ante lo que veían mis ojos.

— Chico, aquella que está hablando con Stanislaw [entonces jefe de unidad y luego teniente coronel jefe de la Dirección Provincial de Cárcels y Prisiones].

— Pero, si ésta ¡es mi hermana!, le contesté fuera de mí. ¡Esa es mi hermana!

El señor quedó mudo de pena y no sabía qué hacer ni qué decirme. Otros familiares y presos se acercaron. Aquel señor, conmovido, me puso su mano en el hombro, y trató de animarme.

— Cálmate, que a lo mejor es un error.

— No, ésta es mi hermana. Entonces. ¿mi mamá murió?

Mi pregunta desgarradora salía de lo más profundo de mi corazón. Nadie pudo o quiso responderme. Interpreté el silencio como evidente afirmación. La impresión del rostro de aquel señor, de otros familiares y de tantos presos que allí estaban no era otra. Cada vez que alguien se acercó a darme aliento, yo veía muestras de condolencia. Aquel salón abarrotado me parecía inmenso y las personas, muy diminutas. Parecía estar hipnotizado.

Allá afuera veía a mi hermana hablando con el jefe de la unidad, y notaba que discutían. Luego supe que el sicario pedía que no me diera tan delicada e importante noticia. Cuando finalmente mi hermana caminó hacia el salón, su recorrido me pareció kilométrico, mientras la mamá de mi amigo Samuel me consolaba.

Al entrar mi hermana comprendió la situación y ante la expresión interrogante de mi rostro sólo atinó a decirme: Sí, Jorge Luis, Alejandra murió.

Un sentimiento inefable y profundo me embargó. No sabía qué hacer: si llorar o gritar. No hice ni lo uno ni lo otro. Encontré fuerzas para mantenerme firme, aunque no ecuaníme. El dolor era mucho y sólo dije para mí, en voz baja: Madre, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué me abandonas ahora, cuando más nos necesitamos el uno al otro?

Lo que dije y grité allí no creo necesario reproducirlo. Descargué toda mi ira reprimida con la palabra, ante los atónitos militares que custodiaban el salón. Culpé al gobierno de

Castro y a sus verdugos asalariados por la muerte de mi madre, y en tono de arenga conté a familiares y a presos los sucesos acaecidos la noche de la evasión.

Luego llegaron las burdas justificaciones. Que no me llevaron al funeral porque no recibieron el aviso de la familia; luego, al ser descubiertos, alegaron que fue por mi rebeldía recalcitrante.

Después de tan lamentables e inolvidables hechos, supe que mi madre, mientras agonizaba en estado febril, decía que tenía que ir a comprar la mortadela líquida que daban por la libreta de racionamiento, para llevármela a la visita. Y que no era justo que su hijo estuviera encarcelado por sus ideas. Cada vez que llamaron a prisión, las autoridades respondieron que yo ya estaba en camino.

Hace apenas unos días el dictador cubano, en intervención televisada ante medios de prensa acreditados, tuvo la desfachatez de intentar desmentir lo que llamó calumnias del imperalismo y emplazó a que se le mostrara un sólo caso de tortura o maltrato de prisioneros en Cuba.

Este relato habla y responde por sí mismo. Recoge sólo una de los miles de atrocidades cometidas contra los presos en casi medio siglo de tiranía comunista. El autor no clama venganza ni está animado por el odio: sólo espera que se haga justicia. La transición hacia la democracia en Cuba y la instauración del Estado de Derecho impedirán que se repitan estos grotescos episodios y constituirán por sí mismos la manera más efectiva de que se haga justicia. ¿Qué pido para los verdugos? El desprecio de su pueblo y que sus crímenes sean sometidos a la opinión pública nacional e internacional. No hay tribunal más eficaz e implacable que la propia conciencia. La sanción moral lleva al cadalso del repudio colectivo.